FEB / 2025

Una mente reprobada: Entre la decadencia moral y la disonancia cognitiva

Reseña psico-sociológica
proritzo@outlook.es

Las emociones se entrelazan con las ideas y las acciones, existe un fenómeno que ha fascinado a pensadores, filósofos y científicos sociales por igual: la decadencia moral.

INTRODUCCIÓN. Esta decadencia no es simplemente una caída en los valores éticos o una desviación del bien común; es una compleja interacción entre nuestras creencias, decisiones y las estructuras sociales que nos rodean. Pero más allá de lo que podríamos llamar "maldad" o "corrupción", hay un componente psicológico insidioso que subyace en esta dinámica: la disonancia cognitiva. Es aquí donde encontramos el núcleo de nuestra exploración, en una mente reprobada que lucha entre lo que sabe y lo que hace, entre lo que cree y lo que permite.

La decadencia moral no ocurre de manera repentina ni cataclísmica. No es como un rayo que golpea sin aviso, sino más bien como una erosión gradual, casi imperceptible, que desgasta los cimientos de la integridad personal y colectiva. Imaginemos a un individuo que, desde su infancia, ha sido educado en principios de honestidad, justicia y empatía. Este ser humano ha internalizado normas sociales que le dictan cómo comportarse en comunidad, cómo respetar al otro y cómo contribuir al bienestar común. Sin embargo, cuando este mismo individuo se enfrenta a un sistema social corrupto, donde el poder y el beneficio personal son premiados mientras que la virtud es ignorada o incluso castigada, comienza un proceso de desalineación interna. Las normas aprendidas chocan con las realidades externas, generando una tensión que puede llevar a la persona a tomar decisiones que contradicen sus

propios valores. En este punto, la decadencia moral deja de ser solo un problema ético y se convierte en una crisis existencial.

Es precisamente aquí donde entra en juego la disonancia cognitiva, un concepto acuñado por el psicólogo Leon Festinger en la década de 1950.[1] La disonancia cognitiva describe el malestar psicológico que experimenta una persona cuando sus creencias, actitudes o valores entran en conflicto con sus acciones o decisiones.

Por ejemplo, si alguien cree firmemente que mentir es inmoral, pero encuentra necesario hacerlo para protegerse o avanzar en su carrera, experimentará una sensación de incomodidad mental. Para mitigar esta tensión, la mente humana tiende a adoptar estrategias de racionalización. Puede minimizar la importancia del acto ("No fue tan grave"), reinterpretar sus creencias ("Mentir no siempre está mal") o incluso negar la realidad ("No tuve otra opción"). Estos mecanismos de defensa, aunque útiles para preservar la estabilidad emocional, tienen un costo: fragmentan la identidad del individuo y erosionan su capacidad para discernir entre el bien y el mal.

Ahora bien, ¿qué sucede cuando esta dinámica no afecta solo a un individuo, sino a toda una sociedad? Cuando la decadencia moral y la disonancia cognitiva se institucionalizan, cuando las estructuras de poder fomentan y legitiman comportamientos contrarios a los valores éticos, estamos ante una crisis colectiva. En tales contextos, la línea entre lo correcto y lo incorrecto se difumina, y las personas comienzan a normalizar conductas que antes habrían considerado inaceptables.

Un político que acepta sobornos puede justificar su acción argumentando que "todos lo hacen"; un ciudadano que evade impuestos puede decirse a sí mismo que "el gobierno no los usa bien de todas formas". Estas racionalizaciones no

[1] *A Theory of Cognitive Dissonance*

solo perpetúan la corrupción, sino que también deshumanizan a quienes las practican, alienándolos de su propio sentido de humanidad.

Puntos de resistencia.

Pero, ¿por qué algunas personas logran resistir estas presiones mientras que otras sucumben? Aquí es donde la sociología y la psicología convergen para ofrecernos una respuesta más profunda. La resistencia a la decadencia moral depende, en gran medida, de la fortaleza de las redes sociales y comunitarias que rodean al individuo.

Una persona arraigada en una comunidad sólida, donde los valores éticos son compartidos y reforzados, tiene más probabilidades de mantenerse fiel a sus principios, incluso en medio de adversidades. Por el contrario, aquellos que carecen de apoyo social o que se encuentran aislados son más vulnerables a la influencia corrosiva del entorno. Además, factores como la educación, el acceso a la información y la capacidad crítica juegan un papel crucial en la formación de una conciencia moral resiliente.

Sin embargo, no podemos ignorar el lado oscuro de esta resistencia. A veces, quienes luchan contra la decadencia moral terminan pagando un alto precio personal. Pueden ser marginados, perseguidos o incluso destruidos por un sistema que no tolera la disidencia. En estos casos, la disonancia cognitiva adquiere una dimensión trágica: el individuo debe elegir entre traicionar sus valores para sobrevivir o mantenerse fiel a ellos a costa de su bienestar. Esta dicotomía nos recuerda que la moralidad no es solo una cuestión de elección individual, sino también de justicia social. Un sistema verdaderamente ético debería permitir que las personas vivan de acuerdo con sus principios sin temor a represalias.

"Una mente reprobada" no es solo un retrato de la fragilidad humana, sino también una invitación a la reflexión y la acción. Nos recuerda que la decadencia moral no es un destino inevitable, sino el resultado de decisiones conscientes e inconscientes que tomamos como individuos y como sociedad. Nos desafía a examinar nuestras propias creencias y acciones, a reconocer las disonancias que quizás hemos ignorado y a trabajar por un mundo donde la integridad sea valorada sobre el beneficio personal. Porque, al final, lo que define a una mente no es su capacidad para evitar errores, sino su disposición para aprender de ellos y transformarse.

En el silencio de nuestras reflexiones, surge una pregunta incómoda pero necesaria: ¿estamos dispuestos a enfrentar nuestras propias contradicciones, a sanar nuestras disonancias internas y a construir un futuro donde la moralidad no sea una excepción, sino la regla? La respuesta a esta pregunta determinará no solo el destino de nuestras mentes individuales, sino también el de nuestra especie como un todo.

Disonancia cognitiva: un reflejo de no diferenciar el bien del mal

La disonancia cognitiva, ese malestar psicológico que surge cuando nuestras creencias y acciones entran en conflicto, puede ser vista como un espejo distorsionado que refleja nuestra capacidad —o incapacidad— para discernir entre el bien y el mal.

En su esencia, este fenómeno revela algo más profundo que una simple inconsistencia lógica; expone las grietas en nuestro sistema moral, aquellas zonas donde nuestras convicciones éticas se tambalean bajo la presión de las circunstancias o las tentaciones del entorno. Es en estas grietas donde reside el peligro: cuando no logramos distinguir claramente entre lo correcto y lo

incorrecto, o cuando elegimos deliberadamente ignorar esa distinción, la disonancia cognitiva deja de ser solo un mecanismo de defensa y se convierte en una herramienta de autoengaño.

Imaginemos a una persona que, desde su infancia, ha sido educada en principios claros sobre lo que está bien y lo que está mal. Ha aprendido que mentir daña la confianza, que el egoísmo desmedido perjudica al prójimo y que la justicia es un valor fundamental para vivir en sociedad. Sin embargo, esta misma persona, enfrentada a un mundo competitivo y despiadado, comienza a tomar decisiones que contradicen esos principios.

Tal vez miente para obtener un ascenso laboral, tal vez manipula a otros para proteger su posición o tal vez justifica actos injustos con el argumento de que "así funciona el mundo". En estos casos, la disonancia cognitiva actúa como un amortiguador emocional: en lugar de enfrentarse directamente al hecho de que sus acciones son inmorales, la persona racionaliza su comportamiento para reducir el malestar interno. Pero esta racionalización tiene un costo: erosiona su capacidad para diferenciar el bien del mal.

El problema central aquí no es solo que la persona esté actuando de manera inmoral, sino que está perdiendo gradualmente su brújula ética. La disonancia cognitiva no elimina el conflicto moral; simplemente lo encubre bajo capas de justificaciones y reinterpretaciones. Con el tiempo, estas capas pueden volverse tan densas que la persona ya no siente malestar al realizar actos que antes consideraba inaceptables. Lo que comenzó como una pequeña fisura en su sentido de integridad termina por convertirse en una fractura irreversible.

En este estado, la distinción entre el bien y el mal deja de ser clara, y la persona se encuentra atrapada en un laberinto de autoengaño, donde cada decisión alimenta aún más su desconexión de los valores que alguna vez defendió.

Este fenómeno no es exclusivo de individuos aislados; también puede manifestarse a nivel colectivo. Cuando una sociedad normaliza comportamientos que contradicen sus propios ideales éticos, la disonancia cognitiva se institucionaliza. Por ejemplo, una comunidad que proclama la igualdad pero tolera la discriminación, o una cultura que valora la honestidad pero premia la corrupción, está experimentando una forma de disonancia cognitiva colectiva.

En estos casos, la confusión moral se amplifica, porque las normas sociales mismas están en conflicto. Los ciudadanos de esa sociedad pueden llegar a creer que ciertos actos inmorales son inevitables o incluso necesarios, y con el tiempo, el concepto mismo de "bien" y "mal" se vuelve ambiguo. La línea divisoria entre ambos se desdibuja hasta el punto de que las personas ya no saben —o no quieren saber— qué es lo correcto.

Esta pérdida de claridad moral tiene consecuencias devastadoras, tanto para el individuo como para la sociedad. A nivel personal, la disonancia cognitiva puede llevar a una fragmentación de la identidad. La persona que constantemente racionaliza sus acciones inmorales termina por desconectarse de sí misma, perdiendo el sentido de quién es y qué representa.

Esto puede manifestarse en formas de ansiedad, depresión o incluso nihilismo, ya que la falta de coherencia interna genera un vacío existencial. A nivel social, la disonancia cognitiva colectiva fomenta la corrupción sistémica, la injusticia y la deshumanización. Cuando las personas ya no pueden diferenciar el bien del mal, o cuando deciden ignorar esa distinción, las estructuras sociales se debilitan y el tejido comunitario se desintegra.

Sin embargo, la disonancia cognitiva también puede ser vista como una oportunidad para el crecimiento moral. El malestar que produce puede servir como una señal de alerta, indicando que algo no está alineado entre nuestras creencias y nuestras acciones. Si elegimos enfrentar este malestar en lugar de evitarlo, podemos iniciar un proceso de reflexión profunda que nos ayude a

recuperar nuestra brújula ética. Este proceso implica reconocer nuestras contradicciones, cuestionar nuestras justificaciones y tomar decisiones que refuercen nuestros valores en lugar de socavarlos. No es un camino fácil; requiere humildad, valentía y un compromiso genuino con el bien común. Pero es un camino necesario si queremos evitar que la disonancia cognitiva se convierta en un obstáculo insuperable para nuestra integridad moral.

La disonancia cognitiva es tanto un síntoma como una causa de nuestra incapacidad para diferenciar el bien del mal. Es un recordatorio de que la moralidad no es algo estático, sino un proceso dinámico que exige atención constante. Nos desafía a examinar nuestras creencias, a cuestionar nuestras acciones y a trabajar activamente por un mundo donde la distinción entre el bien y el mal sea clara y significativa. Porque, al final, lo que define a una mente no es solo su capacidad para pensar, sino también su disposición para actuar de acuerdo con lo que sabe que es correcto. Y en ese acto de alineación entre pensamiento y acción reside la verdadera diferencia entre una mente reprobada y una mente redimida